

# Leer es un gesto amoroso

*Conversatorio Cuerpo a cuerpo entre el libro y el bebé: la lectura como intuición  
María Emilia López, con Adolfo Córdova. Presenta Lourdes Cortés. 7 de abril de 2021.*

**Danna Gutiérrez 7035**

---

## **¿De qué se trata este conversatorio?**

Hay una pregunta que muchas maestras y maestros de primera infancia nos hacemos sin decirla en voz alta: ¿para qué leerle a un bebé que todavía no entiende las palabras? La respuesta que da María Emilia López en este conversatorio es tan sencilla como transformadora: porque los bebés no leen con los oídos, leen con el cuerpo. Con la temperatura del regazo, con el olor del adulto que tiene el libro en la mano, con la melodía de una voz que los envuelve antes de que entiendan una sola palabra.

María Emilia López es pedagoga y escritora argentina con más de veinte años de trabajo con bebés y niños pequeños. Ha asesorado políticas públicas de lectura en Argentina, México, Colombia y Brasil, y dirige el Programa de Lectura y Biblioteca del Jardín Maternal de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Su trabajo parte de una convicción que atraviesa todo lo que dice y escribe: los bebés no son seres pasivos que esperan recibir la cultura, son seres activos que ya están construyendo pensamiento desde antes de nacer.

## **Las ideas de María Emilia López**

La primera y quizás más poderosa idea del conversatorio es que leer con un bebé no es transmitirle información: es ofrecerle una experiencia corporal y afectiva. López explica que los bebés abordan los libros desde lo sensorial antes que desde lo semántico: los muerden, los sacuden, los huelen. Eso no es ignorancia; es su forma legítima de leer.

*“Los libros casi siempre implican la temperatura del regazo.” María Emilia López,  
Fundación Itaú, 2021*

La temperatura del regazo, no es una metáfora decorativa: es una premisa sobre lo que hace posible la lectura en la primera infancia. Para López, el libro no llega solo: llega de la mano de un cuerpo, de una voz, de una presencia. El bebé que escucha un cuento no está procesando solo palabras; está recibiendo calor, ritmo, contacto visual, la sensación de que alguien le dedica tiempo. Todo eso junto constituye la experiencia literaria en la primera infancia.

Desde ahí, López presenta su concepto más original: el de “lecturar”. Explica que la palabra “leer” o “dar de leer” no alcanza para describir lo que ocurre cuando un adulto le lee a un bebé. Porque en ese acto se pone en juego mucho más que el lenguaje: el adulto ofrece su voz, su cuerpo, sus emociones, su musicalidad, su manera de habitar la historia. Por eso, López propone “lecturar” una mezcla entre leer y amar como el término justo para nombrar ese compromiso.

*“Lecturar es una mixtura entre leer y amar, una forma de nombrar el compromiso particular y muchas veces no consciente que asumimos cuando le leemos a un niño pequeño con la ilusión de implicarlo y regalarle lo mejor que tenemos: el tiempo y la riqueza de las historias compartidas.” López, 2021*

El segundo eje del conversatorio tiene que ver con la voz y el lenguaje. López recuerda que los bebés están interesados en la palabra desde antes de nacer: a los cuatro o cinco meses de gestación ya discriminan sonidos del exterior, especialmente la voz de la madre. Al nacer, reencontrarse con esa voz es un alivio real frente a todo lo que de repente se vuelve desconocido (el hambre, el frío, la luz). Las voces amorosas son, literalmente, lo que da continuidad y abrigo al bebé recién llegado al mundo.

De allí la importancia del “matenés” ese lenguaje especial, lleno de diminutivos, onomatopeyas y gesticulaciones exageradas, que los adultos adoptamos de manera casi instintiva para comunicarnos con los bebés. López subraya algo que la ciencia lingüística ya ha documentado: mientras el bebé “juega” con esa comunicación, está extrayendo información sobre la prosodia de su lengua, construyendo la base con la que más adelante balbuceará y finalmente hablará. Son, dice López, “aprendizajes silenciosos que se van construyendo en medio de los vínculos amorosos básicos”.

El tercer gran tema del conversatorio es la selección de libros para bebés. Aquí López va a contracorriente de lo habitual. Primero: no hace falta elegir libros “simples” para los más pequeños. Los bebés tienen grandes capacidades perceptivas y están en plena exploración del mundo; un libro con imágenes ricas, con un texto poético complejo, puede interesarlos profundamente. Segundo: el material del libro (tapa dura, páginas blandas) es un criterio económico, no artístico. Lo que define a un buen libro no es su resistencia física sino su densidad poética.

*“Un buen libro es aquel que te conmueve, que te abre a lo desconocido, que te divierte, o que te lleva más adentro de ti mismo.” López, 2021*

En este punto López también defiende la poesía como uno de los géneros más adecuados para la primera infancia. No porque sea “simple”, sino porque es musical: los bebés son sensibles al ritmo, la rima y los juegos de sonidos antes de comprender los significados convencionales. Un libro de poemas puede ser, para un bebé de seis meses, una experiencia musical y sensorial profunda.

El cuarto eje es el papel del mediador (la maestra, la bibliotecaria, el familiar que lee) y aquí López formula una idea que obliga a detenerse: la lectura en la primera infancia no debe tener como objetivo “obtener un único resultado determinado por el mediador”.

Esto es una crítica directa a la tendencia de usar los libros como herramientas moralizantes, como recursos para “enseñar a compartir” o “transmitir valores”. Para López, esa práctica es una traición tanto a la literatura como a la infancia.

“El arte no puede ser obediente, y los niños pequeños tienen derecho al Arte, con mayúsculas, como todos los seres humanos.” López, 2021

El mediador que propone López observa primero, selecciona con criterio literario, y durante la lectura no interrumpe para preguntar “¿de qué color era el oso?” ni para extraer moralejas. Permite que los niños construyan sus propios significados, que interrumpan si lo necesitan, que guarden silencio o que hablen. La lectura, insiste, “es vínculo, compañía alegría, y se aprende a estar en ella gracias a que no hay mandatos, sino posibilidades”.

El conversatorio cierra con una reflexión sobre política pública: López insiste en que el acceso a los libros y a la lectura es un asunto de justicia, no solo de pedagogía. Los niños pequeños son, dice, “poco visibles desde el punto de vista de sus derechos culturales”, y eso se traduce en ausencia de bibliotecas para bebés, en maestras sin formación como mediadoras, en jardines sin libros de calidad. Propone que escuchar lecturas en voz alta sea considerado un derecho de la infancia.

Para una maestra de primera infancia, este conversatorio funciona como espejo. Porque pone sobre la mesa preguntas incómodas: ¿Cuándo “ofrecemos” un libro en el salón, lo hacemos como experiencia poética o como recurso didáctico para reforzar un contenido? ¿Le damos tiempo al niño de construir su propio sentido o se apresura a explicar lo que “quiere decir” el cuento?.

También vale la pena detenerse en lo que López dice sobre la literatura como territorio de lo posible y no como herramienta de domesticación. En muchas aulas de educación inicial los libros aparecen instrumentalizados: se lee sobre la familia en la semana de la familia,

sobre el agua cuando el proyecto es el agua, sobre los valores cuando hay un conflicto en el grupo. López advierte que cuando la lectura se pone siempre al servicio de un objetivo previo, deja de ser literatura y se convierte en un manual disfrazado de cuento.

Como dice la propia López: “aun conservamos ciertas certezas: que ofrecer lenguaje es ofrecer pensamiento y envoltura afectiva, que los libros llegan si hay adultos dispuestos a encontrarlos y mediarlos, y que los libros casi siempre implican la temperatura del regazo”.